

LA POESIA DE RICARDO E. MOLINARI

Yo creo que ser poeta hispánico es algo sustancial y asequible a una definición, que podemos asediar primero por una senda negativa. Si bien físicamente pertenecen al mapa de la Hispanidad los que a ella deben su nacimiento geográfico o sanguíneo, no forman parte de esta literatura los que no están inmersos en la espiritual conducta de lo hispánico. El mero hecho de utilizar una expresión común lingüística no capacita para adquirir un parentesco que, al fin de cuentas, está al margen del verbo; participa del habla, condición previa, pero no exclusiva; se comunica con iguales signos, pero a la vez expresa un legado de superior cuantía que la palabra.

Así, poetas en castellano, nacidos en las más variadas áreas de esta especie de Atlántida que sea la Hispanidad, no tienen con el alma de tan gran organismo más que un contacto de aljámia, de empleo común de un simple material fonográfico, por debajo del cual los sustratos inmateriales descubren caminos muy dispares.

Lo hispánico, o el ser poeta hispánico, radica en situarse en el eje de una comunidad histórica y en deambular con ella. En recoger un legado y en proyectarlo hacia el futuro. En sentirse miembro vivo de un cuerpo que recorre su órbita espiritual y no, ni jamás otra.

El ser hispánico no puede confundirse con el ser hispanófilo,

excelsa condición que pueden alcanzar los extranjeros; ni con ser hispanófagos, abyecta cualidad de autodevoración que suelen ejercer los nativos; ni con ser hispanistas, esa clase inferior de conocidos de la casa; ni con otras especies que pululan alrededor de tan pingüe familia. El ser hispánico es una situación inalienable, una indeleble impronta que, en resumen de cuentas, informa la personalidad.

De esta manera puede concebirse a Molinari como uno de los más claros poetas de la Hispanidad. Expliquemos: no es que su palabra se irise de cantos laudatorios, ni que su voz module la eterna letanía de las virtudes heroicas, especialmente referida a la anciana abuelita o madre patria, que este monstruo poético o juglar de levita, ha acaparado hasta el momento las largas sobremesas decimononas y ortodoxas, de eso que pudiera llamarse la «Hispanoamericanidad». No; Molinari es un buen hombre de la calle que no ha perpetrado todavía tales delitos ni con la indumentaria ni la gastronomía, ni mucho menos con la lírica. Es un hombre de gris, de un mediano tamaño, con un hermoso pelo hirsuto y ya entrecano, una persona a la que inutilmente me empeñaría en describir.

Y, sin embargo, ¡cuánto nos convendría poseer la semblanza del poeta! Cuánto interesa siempre tener la imagen psíquica y física del hombre que nos habla, porque esa radioscopia ayudará a la comprensión de su mensaje.

Sí, Molinari tiene una cara tímida, compuesta por una frente amplia, que en su norte limita con ese undoso pelo ya citado y que al sur se apuntala en dos ojos marrones, grandes y fugitivos. Carnosos pómulos, boca generosa, mentón en su mitad hendido, completan un conjunto de esos que las señoras califican de «caballero interesante».

En fin, que don Ricardo disimule—por mi evidente falta de preparación en la materia—los posibles errores que cometa en la evaluación de su figura. Esta luego es robusta, aunque proporcio-

nada, cauta en su desplazamiento, modesta en su exhibición y un algo como ausente en su último toque.

Lo que yo no podré explicar es lo que el personaje contiene interiormente, el movimiento general del alma, siquiera sea en sus percances asequibles, en sus síntomas más caracterizados. Aventurándome diría que Molinari, a pesar de esa especie de indeterminación externa, es un hombre asentado, que sabe lo que quiere, aunque a veces este aplomo se encubra bajo una capa de ingenua inexperiencia. Es evidente que la gran riqueza mental que se expone en su lírica, refleja la abundancia de su pensamiento, aunque éste se reprima y disuelva bajo la cobertura de una medianía. Difícilmente conseguiremos que hable de poesía y en especial de la que él hace, porque su preocupación es la de aparecer al margen de su obra, como un hombre cualquiera que conversa sobre futilidades, mientras los dedos acarician el cristal de una copa.

¡Cómo recuerdo ahora las amables veladas en casa del filósofo Maffey, en las que Molinari, ya un día entre la espada y la pared susurraba que su última obra, la transcendente «Rosa oscura del aire» era una simple gimnasia de palabras! Desde mi acechadero llegué a pensar por un momento que aquel hombre era un simple, aunque naturalmente la simpleza sería creer en tal juicio.

Otros detalles pueden ayudarnos a enriquecer la imagen pretendida. Por ejemplo la fidelidad hacia el recuerdo y hacia los amigos, que denuncia una íntima ternura. Así le ocurre hoy con sus queridas memorias españolas, que ya han cumplido veinte años, y que sin embargo permanecen tan jugosas y frescas como si su poseedor acabase de adquirirlas. Acaso sea ello por que también el hombre se conserva inmarchito, como si una perenne adolescencia vivificase sus arterias. Molinari nació en el noventa y ocho, pero ha de confesarse que acarrea sus cincuenta y seis años como si fuesen una pluma. Cuando estuvo en España era en el treinta y tres, y esa visita señala un momento decisivo en su vida, el descubrimiento y el contacto de largas cosas presentidas, de objetos espirituales entrevistos, de paisajes y ciudades ahora con su tamaño de

materia, antes sólo de bruma. Este impacto llega a ser tan intenso, que el recuerdo de España constituirá una veta indeleble, como vamos a ver, en su temática poética.

Del mismo modo, los amigos están presentes en su poesía, porque ésta se elabora, la mayor parte de las veces, sobre apoyos sensibles, sobre motivos sensoriales físicos y psíquicos. La tibieza de un día de lluvia en Buenos Aires, la oceánica visión de la llanura, la congoja por la muerte de los seres amados, está siempre unida a la clara presencia de un círculo de amigos continuos e ideales acompañantes de su creación. Sus nombres andan siempre marginando con dedicatorias los poemas, como si éstos quisieran dar fe de existencia real, de calor humano, agarrándose con pasión a la vida, primera condición, por lo que vemos, de su lírica.

El lector español comprueba, con agrado, que buena parte de esos férreos amigos son paisanos nuestros y que no poca de la geografía que por sus libros desfila, o es española o rememora muy de cerca a estas tierras. Los húmedos y agrestes paisajes de Vasconia, habían por contraste, de impresionar a un escritor habituado a las interminables pampas, a la imperecedera longitud de sus cielos, blancos de puro nítidos. El efectivo trato de Gerardo Diego o de Cossío arraigó también profundamente entre sus sentimientos, promoviéndole citas que delatan la continuidad amistosa.

Y no sólo han de ser seres vivos los que rodeen a un poeta; también los muertos suelen asistir a su mesa y los espíritus que visitan a Molinari en carne corporal tuvieron los nombres de Lope de Vega, Gil Vicente, Bocángel, Góngora, Medinilla, y hasta hay algunos muertos innominados, almas anónimas, sumergidas un día en el vórtice de la muerte, pero dejando antes acaso tan sólo una palabra, un simple verso como perpetuo testimonio de vida.

Como dijimos antes, circunstancias tan cálidas dan a esta poesía, como primer carácter, el de un aliento humano; una entrañable condición de existencia real, siempre mantenida. Ni aun en ciertos poemas que pudiesen parecer intelectualizados, de pura creación mental, podría sostenerse que han sido elaborados fria-

mente, desconectados del vivo quehacer. Pues Molinari es poeta integral, es decir, hombre que observa al mundo en su función poética y que por él transita interpretando en un plano poético cuantos sucesos le rodean. Así como hay poetas, si merecen tal nombre, intermitentes o de oportunidad, existen otros, como el que tratamos, de configuración perenne, a pesar suyo incluso y quien sabe si en contra de sus propios deseos; poetas a la fuerza, impulsados por misteriosas manos, obligados por oscuros destinos.

Por ello, en la boca de Molinari se trasmuta en lírica eso que nos ocurre a todos: el abrocharse de una gabardina o el calor de la mano en el bolsillo, el aire conocido de la tarde o el humo lento del tabaco, todo lo que desfila, sea grande o sea pequeño, ante los abiertos ventanales del alma. Miremos nosotros a través de ellos, sorprendamos curiosamente, en una página cualquiera, aquella fugacísima imagen, por la que tantas veces habremos transitado y que, de pronto, ahí está, ya fija, ya inmóvil, hecha poesía:

Me cerraré la gabardina,
y me pondré a escuchar
mi reloj, la poesía estéril que me entretiene,
la que no gusta a nadie.

.....

Una llave en el fondo
de mi bolsillo, al encuentro de mis dedos:
el círculo con su serpiente que se muerde,
el humo de mi cigarrillo
que va saliendo por una ventana. Mi soledad,
este atardecer que me trae un traje duro, y un libro
pequeño sobre una tabla.

.....

El lamento de toda mi existencia, lo que a mí
[solo me interesa;
el muro violento, la llanura, mi país,
una mujer perdida en una plaza llena de pescadoras,
el río, el Oeste,

mi malhumor y un sello de correos.

La distancia de hoy, la cercanía de mañana,
[el vacío,

toda mi vida inútil, presente

como un juego de copas, como un sobretodo
en un día de calor. Cuando vuelvo

obediente a la memoria, al temblor del ser,
a la dicha de vivir,

deseo—siempre—escoger una claridad absoluta, un
cielo transparente,

para ofrecerlo a un lugar donde el cansancio ya no
sea cansancio, donde haya una larga estación de

[luz. . . .

He aquí, de qué modo el poeta asciende en espirales desde un punto de apoyo material, un mero campo de despeque, hasta la ideal zona de la perpetua claridad. No hay grandes ni pequeños temas, a mi parecer, para la poesía, porque de lo que se trata es de que exista poesía, de que ésta, verdaderamente, se pose, caudal, sobre un acto cualquiera, sobre una simple idea, sobre alguna experiencia del espíritu.

Claro que éste produce a veces sustancias intrinsecamente poéticas, como el amor, que al más profano ser sumergen en un ámbito que podríamos calificar de poesía naciente. Pero vamos a que Molinari alterna los motivos heroicos, lo que entendemos comunmente por asuntos grandiosos, con la moneda fraccionaria, la breve calderilla de la poesía. Al lado de la escena minúscula surge, en primer lugar, el escenario de la muerte, el tema de la soledad y ese dolor orgánico que se llama la tierra; el panorama de la patria física y el insondable camino del espacio moral. Todo depende de la perspectiva con que se observe el horizonte. Vamos a ver ahora una cuestión antigua, el paisaje de los ríos tan hondamente vinculado a la lírica, que Molinari avizora en su inmenso trayecto, como si fuesen de su país las venas, el desangradero que en el mar lo extenúa.

ODA A LOS VIEJOS Y GRANDES RIOS

De pié, alejado y sin beber miro los grandes
[ríos de mi país,
salir con sus enormes lenguas oscuras hacia el mar.

Los ríos abiertos, angustiados, abrasados por
[el sol y la soledad sombría,
llegan al Sur con sus dulces bocas melancólicas,
con sus continentes de flores,
con sus generosas venas apoyadas en el cieno.

Yo los he visto en las altas madrugadas acer-
[carse como pájaros solitarios,
y tocar la llanura, espantados, bebiendo sus lágrি-
[mas y enterrando sus laúdes.

Ya la planicie aplaca la voz y enceniza la piel
[de los labios
y arde el corazón alegre con su fuerza y sus vientos
infinitos—perdidos—
debajo de los incansables cielos que llegan hasta el
[llanto.

Los ríos vienen con sus cansadas espadas, con
[sus rotos albornoces amarillos,
con sus innumerables pueblos para arrojarlos en el
[mar.

Yo permanecí todo un día, alguna vez, mirán-
[dolos,
y sentí como el sol se ponía detrás de mi espalda
[y anohecía
por una parte de mi casa
y no pude detener mis lágrimas.

Los grandes ríos bajan hacia el Sur cargados
[de lluvias,
enloquecidos del verano,
de los insectos, de sus enormes flores pesadas que

crecen en la noche, y lucen sobre la corriente fragante: sobre el harpa suave.

Llegan apretados a unir sus antiguas cabezas
—los guardados cabellos —
y a mover sus cuerpos desnudos — la deleitosa
[frente —
en al agua salada.
¡El mar desierto recoge nuestras soledades conti-
[nuadas!

Oh dulce Paraná, ¡flor, río!, padre de islas y
[largas costas,
enaltecido por los ancianos bardos de mi país.
Ciego en tu eternidad, acaricias tus ciudades
como a una inmensa piel abandonada. Ellas te
[miran pasar
por debajo de hermosos árboles, sobrio,
con tu canasta de raíces y flores azules.

Tras de tí el aire, la luna, las tierras altas,
los ligeros caballos, el viento caluroso,
los pájaros, el manguruyú y los pequeños ríos
donde moja la furiosa lengua el ocelote.

Te vuelves hacia el mar, sin huída, con los
[amarillos
ojos cerrados, corpulento,
y sin sumisión golpeas con los abiertos brazos
las islas, las rabiosas ramas; los muros
últimos de la tierra.

.....
¡Oh, ríos, fuentes de la memoria!

Esta alternancia en los asuntos hace que la obra de este autor sea no sólo de una extensión considerable, sino de continua emisión, de permanente entrega, que se amolda a una evolución estilística que nos conviene ver. Yo creo que Molinari debe al creacio-

nismo, tanto del chileno Huidobro, como de su reflejo español en la época, Gerardo Diego, algunos de sus primeros libros. «La Hostería de la Rosa y el Clavel» es testimonio de este influjo, que aun diluído en una fuerte personalidad, no puede dejar de señalarse. Pero pronto se impone alguna circunstancia íntima, la muerte del ser amado, que llena de acritud y de tragedia irreparable las páginas de «El Tabernáculo», fosa donde se deposita, como una simple flor, el dolor del poeta. De qué manera esto se realiza, supone comprobar que ciertos elementos retóricos de esa primera etapa están cediendo el paso a sensaciones más intensas y a una más desnuda exposición de ellas.

Yo quisiera ser feliz como un pié desnudo en
[una playa;
como un reno frente al mar;
como la cinta llena de muerte de la gorra de los
[marineros;
como la hoja de ciprés que guarda el horizonte de
[las estatuas;
como duerme el condestable de Castilla en la Ca-
[tedral de Burgos;
como la hoja y la corona de laurel;
como tu sombra de plomo, dormida entre columnas
[y peces;
como aire desierto.

¡Pero yo estoy con tu muerte sin pronto!
Con un cielo que se cansa de mirar a los pastos;
con un cielo que vuelve hacia sí la mirada
de piedra y nieve
que llevo colgada de los dientes. Yo sé que él
[consuela
a algunos,
pero a mi me destempla el corazón, de flor apretada,
de espuma sin raíz, de gemido impedido.

Pero tu muerte es tu muerte: sin murallas,
[con todo
el tiempo distante en la boca.
¡Como el aire desnudo!

Este tiempo poético, que coincide en Molinari con el de su viaje a España, sigue evolucionando y depurándose continuamente, saliendo poco a poco de su preocupación por las imágenes y adquiriendo, también con lentitud, una sonoridad más acompasada. A un indudable desprecio por la cadencia métrica, que no es exclusivo suyo, sino un valor de época, va sucediendo luego una mayor estima de estas cualidades formales, tan sustanciales a la poesía. La ruptura de los compases rítmicos, a veces perseguida como meta, ofrece como compensación otras cadencias, a las que cuesta aclimatarse, por su indudable novedad, pero que dan un tono de brusca originalidad a los poemas, de sabor disonante pero también melódico. En la «Epístola satisfactoria», libro redactado tras la llegada a Buenos Aires, con materiales acumulados en España, puede rastrearse esa situación rítmica. Un intermedio ofrecido a Lope, en el tercer centenario de su muerte nos depara un brillante ejemplo de este carácter estilístico.

Cede al tiempo ausente, Lope,
pastor de amores, tu larga
voz entreabierta, tu vivo
labio ardiendo. Consumada
crece en curso riguroso,
en aire, alto, tu blanca
luz dichosa, perseguida.
Lope amado —flor de llama—
amoroso, vivo, solo;
transparente en tu mañana,
exacto al círculo, al fresno
agrio; repetido en ancla
perenne, en tiempo bello.

Descansa entre lirios, malva
dulce, alondra de cuello
triste, ¡ay! de pluma cansada,
de logrado amor perdido
en aguas del Tormes. ¡Agua
loba! Qué dolor quedó
en tu voz, en tu palabra
de jaspe frío, corriendo.
Amor, sí; paloma amarga,
todo el viento corrompido.
¡Lope, alta flor de España!

Pero la «Epístola satisfactoria» representa a la vez una condensación de la tristeza, que llega en esta obra a remansarse como ante un alto valladar. De ella forma parte la «Elegía a la muerte de un poeta», dedicada a Lorca, y esta otra minúscula «Elegía para un niño en el norte de España», saturada de nostálgicas reminiscencias, de subterráneos latidos por la tierra y los hombres que ahora tiene que dejar el poeta:

No. No es el irme lo que me llena de querer,
lo que me colma de cansado cielo,
de una enorme voz, llorando.

.....

No sé si la muerte abre flores detrás de los ojos
—en Unquera, sobre el Deva—esta tarde.
Yo estoy aquí como una causa perdida,
anterior, intacta, retrasada en el rocío.

El Deva corre su acero hacia el mar; al mar lleva
la sangre muerta de los bosques,
el polvo de los ojos ciegos; sí, con el mugido
de las vacas que duermen en los cementerios.

Ay, niño sin montañas, de luna sin aliento;
solo en tu puerta de piedra, moviendo
tu pestaña de ciprés; tal vez oigas las almas
entre las paredes, cuando descuelguen la luz del día.

No. No puedo separarte de mí;
me duele tu vida como un amor mío. Tu sombra
me pesa igual que el desdén. Como el sueño
de una flor en la noche de tierra.

Y así sigue, largamente escribiendo Molinari, entregando a la imprenta libros unos tras otros, en una creación incesada, que desde el año veintisiete hasta el presente arroja una cifra superior a los veinticinco títulos. Ya hemos dicho que en esta poesía entra toda su vida. También es lícito anotar el cuidado exquisito, la verdadera preocupación bibliográfica que el escritor pone en sus ediciones, materialmente preparadas bajo su vigilancia, como si también el organismo externo de la lírica hubiese de ser bello. Muchas de tales impresiones son privadas, porque también es íntimo su contenido, y se dirigen como una confidencia, a los amigos más tratados.

Pero volvamos al seno de nuestra materia. La voz de Molinari adquiere sus más hondos acentos cuando piensa en el Sur, y la tristeza, ingrediente esencial del alma de los argentinos, se le sube a la boca y de allí se derrumba en los poemas. El amplio paisaje de los épicos y fabulosos ríos, que ya hemos observado, a menudo se proyecta ante su vista interna y luego asciende a flote, aflora como un presentimiento de tragedia, como la voz doliente del destino, que también es un río imperturbable y ciego.

Y así surgen las odas; la dedicada «A mi voz melancólica en el Sur», la «Oda a una larga tristeza», «A un instante del Otoño», «Oda a la sangre» y «Al amor», creaciones las más hermosas que, hasta este instante del año cuarenta, redacta nuestro lírico. El clima de estas odas es el otoño, época en que el alma madura y presiente, con la naturaleza, su destrucción cercana. Soplan los finos aires, navegan desoladas nubes, tristes y dulces árboles anuncian ya el ocaso. Es el amor poniente el que también reclina el corazón cansado en la lejana línea del horizonte. Entonces el hombre se acuerda del verano, siente la inundación de la honda pena y canta la tristeza irrestañable que la agobia.

Quisiera cantar una larga tristeza que no olvido,
una dura lengua. ¡Cuántas veces!

En mi país el Otoño nace de una flor seca,
de algunos pájaros; a veces creo que de mi nuca abandonada
[donada
o del vaso penetrante de ciertos ríos de la llanura,
cansados del sol, de la gente que a sus orillas
goza una vida sin majestad.

Cuando se llega para vivir entre unos sacos de
[carbón
y se siente que la piel
se enseñorea del hastío,
de repugnante soledad; que el ser es una isla sin un
[clavel,
se desea el otoño, el viento que coge a las hojas
igual que a las almas; el viento
que inclina sin pesadez las embriagadas hierbas,
para envolverlas en el consuelo de la muerte.

No; no quisiera volver jamás a la tierra;
me duele toda la carne, y donde ha habido un beso
[se me pudre el aire.
En el verano florido he visto un caballo azulado y un
[toro transparente
beber en el pecho de los ríos, inocentes, su sangre;
los árboles de las venas, llenos, perdidos en los
laberintos tibios del cuerpo,
en la ansiosa carne oprimida. En el verano...
Mis días bajaban por la sombra de mi cara
y me cubrían el vientre, la piel pura, rumorosa,
envueltos en la claridad más dulce.
Como un demente, ensordecido, inagotable,
quebraba la rosa el junco, el agitado seno deslumbrante,
sin velos, en el vacío descansa indiferente un día sin
[pensamiento,
sin hombre, con un anochecer que llega con una es-
[pada.

Un sucio resplandor me quema las flores del cielo,
las grandes llanuras majestuosas.
Quisiera cantar esta tristeza desterrada,
pero, ay, siento llegar el mar hasta mi boca.

Y ahora llegamos a «La Rosa». La rosa es para Molinari una obsesión, un nudo de la poesía que hay que desmadejar, la rosa es una copa que hay que apurar hasta las heces. Toda la tradición poética de la flor, que ha merecido hasta una antología de composiciones a ellas dedicadas, culmina en Molinari, su más alto cantor. Cuando Juan Ramón advertía la conveniencia de dejar a la rosa en su integridad física y contemplarla en su limpia entidad no preveía que su materia vegetal pudiera trascenderse, convertirse en espíritu, alcanzar vida propia, como una pura esencia, constituir un ser independiente. También aquí la rosa, como quería Machado, florece en el poema, se enraiza en su seno, y de él lanza su tallo, abre luego, como una roja boca, el duro pétalo y los purpúreos labios. La rosa en Molinari es también una llama, un fuego inacabable, una sustancia abstracta que arde sin consumirse en solitarias noches, la rosa es como un pájaro que se elevase al mediodía, un ave sideral e infinita, la rosa es como un ojo, una húmeda pupila.

Claro que la rosa es el alma, la representación del alma, y ¿quién puede dudar que en la naturaleza la rosa viene a ser el trasunto del alma, con su ingrátido cuerpo, su intangible fragancia, su vulnerable forma?

Desde la poesía de San Juan de la Cruz no había llegado la lengua castellana a adentrarse en región tan desnuda, no había sondeado tan alejado espacio, recorrido esta dimensión astronómica. Lo importante es que, como en el caso del inquietante místico, Molinari llega a desconocer los cercos temporales, los supera con fervoroso anhelo y arrebatada su alma —su rosa— con titánico esfuerzo, del vástago percedero del cuerpo. Se vuelven a incendiar aquellas llamas vivas, las eternas lámparas del poeta carmelita;

pero con nueva hoguera, cuyas luminarias inflaman al insondable eter.

Indudable parece que San Juan ha ejercido su poderoso influjo sobre esta poesía, pero no obstante Molinari sostiene con toda fortaleza tan absorbente cercanía. La originalidad de sus poemas permanece a salvo y aun sale más aquilatada de la prueba, pues es tan amplio y hondo el espacio del alma, que en él tiene cabida, con la «Noche», la «Rosa». «Noche oscura del alma», «Rosa oscura del aire», hasta en el mismo título se nos ofrece un parangón que hallará luego otros puntos de apoyo.

Pero los planos son distintos. En San Juan de la Cruz la noche es una proyección del alma en el espacio, que llega por este proceso a convertirse en un ámbito místico; en nuestro autor la rosa materializa al alma, se convierte en su imagen y en su nombre padece las injurias anejas a toda temporalidad.

Mejor que yo lo explique, se verá en los poemas. El primero del libro se titula «¡Toma oh tiempo, estas llamas!» y es una larga entrega, un prolongado ofertorio del espíritu al tiempo. Elijo para la lectura aquellos tramos de mayor arrebató, en la dificultad de recorrer entera la composición, como sería preciso.

¡Toma, oh tiempo, estos aires, esta flor,
—la ardentísima nada—, esta memoria!
Y vuelve los abiertos
y duros ojos a estos ramos,
a sus coronas altas, ya perdidos,
y veme con la lengua recogida,
en desdén frío,
contigo suspirando.

.....

¡Oh tiempo enaltecido,
recoge ya los húmedos llamados,
las tristes honras,
con los alegres nombres de mi pecho!

.....

Encierra ya estas llamas, ¡reinado interminable!,
y recibe mi rostro sobre la tierra,
mis ojos y las dulces imágenes mortales;
mi vida, igual que un fuego,
encendido y amado en tanta muerte.

¡No, no te olvidaré día, mes, año! Nunca.

.....

¡Ah, Dios mío! Estoy ciego
debajo de tus ágiles y levantadas nubes,
como una destrozada
rama en el viento.

Recibe en tí, y para tí, estas desoladas furias,
mis pensamientos;
estas voces devueltas a tu seno.
¡Sí, estos labios y esta boca entreabierta,
perecedera!

* * *

¡Vagad, tormentas, nubes,
que oscurecéis mis ojos
y lengua duradera!
Ciprés, y aire que subes,
suelto de mis despojos,
como una flor mayor y crecedera;
alondra y luz entera
que por el cielo frío
mojando irá la inmovil fuente
y el sueño diferente
delgado y áspero, por el vacío!
¡Gozos y alma ateridos,
adonde salís solos y perdidos!

¡Remonta, alta mañana,
infinitud ligera
o ya nube perdida!

Virtud y suerte vana,
revolando por fuera,
sin cuerpo hermoso y lumbre suspendida.
¡Vence aurora crecida,
oculta y contemplada,
el amanecido ocio de la muerte;
el penetrante y fuerte
ramo, torna a tí, dulce y desatada
y duramente ausente,
en húmeda desdicha de repente!

Sube y desciende luego
al impasible infierno,
y en la región ceñida,
remonta aun del fuego,
llama, oh niebla al invierno
y a los ríos secados con la vida,
o vuelve decidida
a la lanzada altura,
cubierta, memoriosa, imperturbable,
en cima interminable,
sin distraer el celo en la amargura.
¡Ya separados días,
quién os mirara exhaustas alegrías!

Mudas y silenciosas,
te verán llegar sola
y abatida en el viento,
rotas las anhelosas
vendas y la amapola
purísima, mojada y sin aliento.
Y el dulce sentimiento
—no oscuro del olvido—
vagará por la eterna y viva nada,
como nieve acabada,
o música o perfume mantenido.
¡Tomad, ansias mortales,
estas fuentes y ríos desiguales!

Traed los llenos ojos
y la delgada sombra
hacia mí, derribadas
memorias y manojos
altos, a quien os nombra
y vela por el polvo y las cerradas
tinieblas culminadas.
Volved algunas horas
del infundido y largo y triste sueño,
y a mi abrumado empeño,
¡oh, madre mía, eterna! las auroras
y la mudable duda
de estar muerto y terrible y sin ayuda.

Háblame siempre y mira
sin terror, levantadas,
mis acuciosas manos
resonantes, y tira
de mí las madrugadas,
donde aun alienta—hermoso en los veranos—
el amor y los vanos
deseos destruibles.
Torna por hoy los ojos, sin ausencia,
y en tibia transparencia
vuela por las planicies increíbles,
donde un río perdido
aguarda aun tu rostro del olvido.

Asómate de frente
y moja tus larguísimos
cabellos y la cara
presurosa, la mente
lleva por los dulcísimos
fríos—con las abiertas penas—clara,
que otros frescos deseara.
Adios, sequedad mía,
y gusto solamente de la muerte;
llama y deseo inerte,
detenidos y solos todavía.
¡Nubes, cielos y vientos,
adónde vais seguros y contentos!

La naturaleza entera, pues, se convierte en un universo ideal, pierde su cualidad física, su grosor real y se trasmuta toda ella como en una metáfora, en un término que sugiere a esa realidad, pero que al mismo tiempo está al otro lado de ella. Entonces el pensamiento del hombre desnuda a la materia y la sitúa, ingrávida, leve, en el campo del sueño. Este carece de fronteras, incluye a todo lo creado, y de maravilloso modo, de mágica manera, puede convertir a un pedazo de yeso en puro diamante, a unos oscuros patos en angélicos seres, que despacio atraviesan los aires de la eternidad:

Cruzan el cielo, el día,
unos patos oscuros,
y pasan, emigrando del verano,
en la luz, todavía.
Vuelan anchos, seguros,
gritando alegres en el aire ufano
—espacioso y liviano—
de la tarde en la`sombra.
Así, sueltos, perdidos,
remotos y crecidos,
los ven mis ojos y mi ser los nombra
y llama ansiosamente
en los abiertos campos, con la mente.

Libres y hermosos vuelan
entre las ralas flores
del vacío, ligeros y subidos.
Apretados, desvelan
el mar tierno, avizores,
y dividen el aire decididos,
leves y sumergidos.
¡Ojos y soledades
os van siguiendo, inciertos,
en los duros desiertos
de la noche, del alma y las edades!

(¡Y cuánto y solamente,
te amo aun gozo puro, indiferente!)

Y os persigo, postrero,
en las interminables
horas, y en estos días firmes, solos
y en afán duradero.
¡Oh espacios habitables,
quien moverá la nada, unos gladiolos,
las fuentes y los polos
temibles de la ausencia!
¡Sí, mientras volais ciegos,
dichosos y andariegos,
sin verme, inacabable, en la impaciencia
del sueño,—distráido
y sin encanto, sordo e inadvertido.

(En las llanuras pasa
el fresco de la tarde,
remontando las nubes por el cielo,
la suspirante gasa
amanecida, y arde
sin paz, arrebatado y sin consuelo,
el dulcísimo vuelo
del alma fugitiva.
¡Ay, buscadas alturas,
delicias y medidas,
luciente paramera sucesiva,
a dónde os parte el viento,
anheloso imposible, con su aliento!)

Divagar, hierbas, fríos,
renombres, aires, flores,
y el transparente sinsabor, desnudo.
Delicados vacíos,
suavísimos colores,
dónde, ¡Dios mío! su esplendor menudo,

ardido y sin saludo,
esconderá apretado,
el hombre, en su ahinco vano.
¡Adonde, ah, y lejano
como estas nubes, llevará salvado:
luz, campo, sentimiento,
amigos, llamas y alto duramiento!

Y voláis repasando
las ciegas descampadas
debajo o sobre movibles nieblas
—por el cenit—buscando
las oscuras aguadas
u oliendo arroyos entre tinieblas.
¡Feliz noche que pueblas
el Sur de presurosos
llamados, de neblinas,
de hojas y peregrinas
humedades; ¡Sí, ramos deliciosos,
juncos de la llanura,
que estáis quebrando el aire en la soltura!

Vados, riberas, llanos,
afanes donde anduve:
qué sola errará el alma sufridera
con sus muertos desengaños
y la sombra que tuve,
conversando, y el viento entero, fuera.
Rostros, días, espera,
se ofrecen todavía
y toma tú, escondido,
esta voz,—este olvido—,
¡oh tiempo!, en tí apoyada y sin porfía.
Y este ramo apretado,
cierto y resplandeciente y encerrado.

En el centro del libro, y sirviendo como de eje para todo él está el poema «La Rosa», donde se comprime la imagen visionaria y alcanza por el conducto de la flor su más profunda altura. Aquel poeta al que vimos disolver su palabra en los largos versículos de los primeros libros, ahora la aprieta, la carga de sentido y, nítida, la ofrece en octosílabos. Sé que Molinari conoce a fondo la poesía clásica española y no ha de caber duda que para llegar a esta bella condensación expresiva habrá pensado en algunos ejemplos de esa lírica; pero el problema no es sólo de exterioridad, sino íntimo más bien. El viaje de su poesía, ya largo, ha hecho al caminante desprenderse de fórmulas queridas, de primitivos recipientes, de algún bagaje incómodo para tan dilatada travesía. Ahora le vemos en marcha solitaria, andando con los indispensables pies, apoyado sobre limpias y sencillas palabras, esas que, al final, van a quedarnos para trabajar con la muerte. Ha llegado Molinari al cenit de la pureza clásica, y en él emplea unas sutiles formas métricas, sólo las necesarias para sujetar a este ramo de rosas:

Tanto sube el aire, tanto
a la rosa el aire y sueño
ya desprendidos, y cuanto
la eleva, ardiente y risueño,
a otro cenit y amaranto:
infinita, alta, y sin dueño.
¡Tanto la vuelve luciente,
tanto y tanto transparente!

En el aire sostenida,
sube a cielos y riberas,
a montes frescos y vida,
a relumbrantes praderas,
y por el espacio asida
corre abrigos y banderas.
¡Y sube, sube entre plumas,
a tan halladas espumas!

Vuelve la luz a estos ojos,
que te van siguiendo claros
y abiertos, a estos manojos
de flores y desamparos,
a estos dulces ramos flojos,
y al deseo y mundo auros.
¡Tanto sube el aire, tanto,
a la rosa al aire, y cuánto!

.....

Sí, nubes de la llanura,
respiraderos y cielos
ya vistos en la espesura,
¿qué sabréis de mí; desvelos
y destierros de frescura:
fuentes, pájaros y vuelos?
¡Y la flor, aguda y sola,
elevada se arrebola!

Entre tus hojas y ramas,
bellísima y enlazada,
te sustentas y derramas
subiendo, por mi mirada,
a tanto rigor y llamas,
a tanto oceano y nada.
Y vuelve, vuelve; la frente
y los ojos de repente.

.....

Vuelve el adiós, el anhelo,
y el rocío, remontado
en interno y desconsuelo,
sin salir, aprisionado.
¡Oh abandono insomne y cielo
mío, abierto igual que un prado!
¡Nubes de la tarde solas,
brisas y auras españolas!

Sube la rosa—tan alta—
y cuanto y cuanto se eleva,
que la soledad la esmalta,
y tan desnuda la lleva,
que su corazón resalta
como una ausente flor nueva.
¡Y sólo la verá el aire,
la mente, ah, en su donaire!

Cárceles, días, desiertos,
en el aire andaréis vagos,
lanzados y descubiertos,
con vuestras lenguas y halagos.
Suspendidos y entreabiertos,
vagaréis solos y aciagos.
¡Tanto sube el día, tanto,
al alma en el aire, y cuánto!

Debe cerrar estas lecturas un soneto, para testimoniar que Molinari edifica a la más alta estrofa con ejemplar cadencia. Es el quinto de los dedicados «A una camelia cortada», que, claro es, sigue siendo la médula del propio poeta, su espíritu cercenado también, ascendente por el claro vacío. Dudo que el mismo Molinari pueda llegar a superar la perfección formal y la belleza clásica, ardiente cual serena, de los siguientes versos:

¡Eternidad!, espacios venideros,
mares altos, contiguos y apartados,
para tí sola, envuelta, estos helados
presentes y estos tallos voladeros.

Esta flor y estos días lisonjeros,
entre el aire y la tierra separados,
y esta voz y este amor desocupados.
¡Sí, para siempre, y siempre, prisioneros!

Remonta y sube, flor delgada, hermosa,
y sal de mí, conmigo: ya ofrecido
a la muerte y al tiempo inolvidable.

Sobre tus ramos y ventura ansiosa,
recoge en tí este viento trascendido,
¡oh flor—camelia blanca—interminable!

RAFAEL BENITEZ CLAROS

Universidad de Oviedo